

El camino

El abuelo había sido pescador, pero un día de hacía ya siete años, se le quedó el pie enganchado en la jarcia de labor y cayó del barco. Pudieron rescatarlo antes de que se ahogara, pero le tuvieron que amputar la mitad del pie. Le quedó un andar renqueante que se le acentuaba con el esfuerzo. Tuvo que dejar la mar. Con el dinero que le dieron por el accidente, compró una vaca frisona y un burro. Buscó a su hija, la que malvivía de la caridad, la que hacía tres años había sido madre soltera, la que deshonoró a la familia. Habló con ella y le convenció para que se fuera a vivir con él. Recogieron a la niña del hospicio y se marcharon al interior de la provincia. Alquiló una casa con cuadra pero sin tierras. Todas las noches, después de cenar, cogió la costumbre de sentarse junto a la niña al calor de los rescoldos, para contarle historias y alumbrados por la luz de una vela, le dibujaba en una pizarrita el mismo pez una y otra vez.

Apenas rompía el alba por el horizonte, cuando Josefa madre, ya había ordeñado la vaca, y mientras amarraba la lechera a Tordo, el burro, llamó a gritos a su hija, que dormía en un cuartucho entre la cocina y la cuadra. Un cuartucho que los dueños de la casa lo habían usado siempre como trastero.

Josefa hija, se levantó nada más oír la voz de la madre. Hacía ya una semana que repartía ella sola la leche y aunque no le gustaba levantarse tan pronto, no le quedaba más remedio, no quería volver a probar en las piernas la vara de varear los colchones. El aire fresco de la mañana hizo que sintiera frío. Se puso el impermeable del abuelo. Él no lo iba utilizar, nunca salía. Se calzó las albarcas, cogió la cuerda que rodeaba el cuello de Tordo y salió al camino.

Cuando la madre perdió a su hija de vista, se llevó la vaca a un prado cercado que había arrendado por dos perras gordas a la semana, la dejaría allí casi todo el día pastando. A la vuelta, pasaría por el huerto. Un huerto que había conseguido quitando poco a poco espacio del camino vecinal. Cogería, para echar al puchero, alguna patata, nabos o zanahorias, lo que hubiese antes de que se echaran a perder, porque allí la lluvia lo encharcaba todo, lo pudría todo, hasta los corazones.

El camino por el que Josefina iba, serpenteaba por medio de un bosque de hayas y robles. Cuando había recorrido la mitad del trayecto, se puso a llover mansamente sobre las hojas de los árboles. Tiró con desesperación de las riendas de Tordo, que tozudo rebuznaba protestando por la lluvia, negándose a seguir. Pero debían de repartir la leche. De repente, una fuerza descomunal la hizo caer de bruces. Una sombra que no supo de donde vino, se había abalanzado sobre ella. Su grito quedó amortiguado por el incansable canto de la lluvia. Tordo al verse liberado de la opresión que le obligaba a avanzar, aprovechó para cocear en el aire, la lechera cayó derramándose su contenido por el suelo, liberado de su carga, se fue trotando en busca del refugio seco de la cuadra.

La niña notó un peso asfixiante sobre su cuerpo. Forcejeaba para liberarse de él cuando la primera embestida le rompió por dentro. Un dolor lacerante le subió hasta los ojos, tuvo la sensación de que los pulmones se le rompieron escapándose el aire por entre las grietas. El pánico paralizó sus sentidos y sus gritos se ahogaron en las lágrimas de su garganta.

Sentía mucho miedo, pero por un instante, acompañada por la osadía de la temeridad se atrevió a mirar a su agresor, quería saber quién era. Ocultaba su rostro con un pañuelo, solo se le veían los ojos, los mismos ojos que su abuelo dibujaba una y otra vez en la pizarrita. En ese momento quiso recordar el nombre del pez, pero no pudo. A su mente solo le venía una voz ronca, diciéndole que esos peces lo ven todo; que hay gente afortunada que tienen los mismos ojos que ese pez y que esas personas, son las únicas capaces de distinguir la fina línea que separa la mar del cielo; que es a esa gente la que quieren los patrones, porque solo mirando la superficie del agua, son capaces de diferenciar los peces que se mueven por debajo. ¡¡Besugo!! gritó de improviso para sus adentros, eran unos *ojos de besugo* los que estaban destruyendo sus sueños.

Josefina no fue consciente del momento en el que él huyó amparado por los árboles, ni tampoco del instante en el que ella se incorporó sentándose sobre el barro, ni cuando aprovechó el agua de la lluvia para limpiarse la mezcla de sangre y el líquido pegajoso que tenía entre las piernas, ni cuando se puso de pie con un dolor tan agudo como espantoso que le nacía de las entrañas. Solo cuando vio la lechera con abolladuras tirada en el suelo reaccionó, se quitó el impermeable del abuelo y lo dejó tirado en medio del camino, recogió la lechera y volvió como pudo a su casa.

Frente a la puerta estaba su madre esperándola. No hubo preguntas, solo un veredicto convertido en varazos, una penitencia sin su ración de patatas en un caldo insípido y un castigo sin salir de su cuarto, nada más que para repartir la leche.

Esa noche, el abuelo se quedó a dormir en la cocina, su cojera le impidió subir a su habitación.